

## CASTILLA COMO IDENTIDAD

Ángel Infestas Gil

Catedrático de Sociología (EU)  
Ex-Vicerrector de la Universidad de Salamanca  
Escritor

*Caminaba el poeta a la búsqueda de lo originario,  
a los 'levantes de la aurora'.*

*El oficio de poetizar tornábase recuerdo,  
escultura de los juegos de la memoria.*

(O. Uña. (2008). *Estaciones de abril*. Madrid:  
Universidad Rey Juan Carlos, p. 26)

Algunas veces una circunstancia tan grata como el homenaje que nos convoca en este libro sirve como acicate para realizar una tarea siempre aplazada. Lector incondicional de los poemarios que puntualmente me hacía llegar Octavio Uña, nunca había abordado, hasta ahora, su lectura continua como un todo, sino que había ido siguiendo el curso de su creación. El esfuerzo actual ha merecido la pena, pues ha convertido en ocupación placentera las horas dedicadas a su lectura pausada, al centrarme en un mundo de evocaciones y sugerencias en gran medida compartidas y en disfrutar de la belleza de una poesía que en unos momentos hunde sus raíces en nuestra mejor tradición literaria y en otros experimenta con formas nuevas.

Sin la formación y sin las herramientas del oficio para una crítica literaria de estos poemarios, he procurado gozar con la musicalidad de sus versos y la riqueza y el atrevimiento de sus metáforas, a la vez que profundizaba en los sentidos que encierran y que nos permiten desvelar su universo simbólico, esa constelación de símbolos con que el poeta define su identidad y enriquece las imágenes que encierran sus versos y las palabras que los hacen posible. De este modo, he reconstruido, a mi manera, el proceso de creación poética con las emociones y vivencias que lo hicieron posible y he podido acercarme a la definición que el poeta ofrece de sí mismo. Sólo acercarme, no digo comprender su sentido en plenitud, porque ¿quién es capaz de penetrar en la mismidad de un poeta?

Sin embargo, en esta ocasión la trayectoria personal de Octavio Uña facilita la tarea, pues es poeta y es sociólogo ejerciendo con excelencia ambos oficios y enriqueciendo su obra con ambas perspectivas, pues como pensador de la historia y de la vida utiliza la poesía para rumiar el devenir de la historia, el ineludible ritmo de los siglos, la inexorable temporalidad de la vida, según palabras de Julio Escribano en una lectura de sus poemas (2011, 492).

En estas páginas sobre la obra literaria de Octavio Uña voy a intentar una aproximación al universo simbólico que su poesía esconde y que, al mismo tiempo, nos reta a desvelarlo. Para ello como introducción fijaré las coordenadas teóricas en que sitúo mi análisis y que pasan por una referencia explícita a las sociologías interpretativas, tan caras a nuestro autor.

### EN TORNO AL UNIVERSO SIMBÓLICO

Toda persona, todo autor - especialmente si es poeta - transmite a través de su obra una visión determinada de la realidad tanto en su conjunto como en cada uno de los elementos que le asigna. Esta constatación adquiere un significado especial cuando la realidad de referencia es la sociedad. Si ya resulta sugerente contemplar el cuadro de la realidad natural tal como ha sido vivido y exteriorizado por un artista, se convierte en una tarea apasionante cualquier consideración que se haga sobre la realidad social que refleja en su obra. En ésta intervienen, junto a las formas de percepción y de expresión propia, la naturaleza cambiante de lo social, su levedad y transitoriedad, ya que la sociedad posee una consistencia que apenas va más allá de la solidez que cada uno le otorga.

En la consideración de lo social nos hallamos ante una realidad reflexiva, de segundo orden, a la que nos acercamos después de haberla vivido o mientras la vivimos. Por eso, cuando nos preguntamos acerca de la concepción de lo social en la obra de un poeta tenemos que pensar también en el procedimiento más adecuado, en el medio más conveniente para estudiarlo. En este caso he preferido utilizar un concepto muy presente en sociología, que pone de relieve ese carácter emergente que presenta lo social, a la vez que destaca el componente simbólico que encierra.

La experiencia humana, individual y colectiva, personal y social, no se vive tan directamente como se suele creer, sino que se realiza a través de representaciones de la realidad que nos llegan inicialmente como interpretaciones de quienes nos precedieron.

A partir de ahí, en un juego complejo, difuso, multidimensional, vamos construyendo una visión del mundo que compartimos, en gran medida, con quienes forman parte de nuestro entorno social más inmediato. Es una matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales, construida de tal modo que toda la sociedad histórica y la biografía de cada individuo se ven como hechos que ocurren dentro del universo. Su capacidad para atribuir significados supera ampliamente el dominio de la vida social, de modo que el individuo puede ubicarse dentro de esa matriz aún en sus experiencias más solitarias (Berger y Luckmann, 1978: 125). Gracias a ella, las vivencias personales se hacen subjetivamente reales, desde el momento en que delimita el ámbito de lo admisible en cualquier aspecto de la experiencia humana, desde la legitimación de la biografía individual hasta el orden institucional en que ésta se desenvuelve. Es una creación incessante y esencialmente indeterminada, sociohistórica y psíquica de figuras, formas, imágenes que proporcionan contenidos significativos y los entrelazan formando las estructuras simbólicas de la realidad social.

Conviene insistir en que no se trata necesariamente de contenidos reales y racionales que adquieran una vida autónoma y, en consecuencia, sean fácilmente identificables y analizables, sino más bien son contenidos insertos desde el inicio en la experiencia humana y que constituyen la historia misma, sugiriendo la necesidad de rastrearlos constantemente en cada sociedad.

Esta matriz de representaciones ha sido definida como universo simbólico por la sociología fenomenológica y como imaginario social por otras corrientes interpretativas de la teoría social contemporánea, si bien ya Durkheim se habría referido a la 'conciencia colectiva' y Gurvitch a los 'marcos sociales del conocimiento'.

El universo simbólico no pertenece necesariamente al orden de experiencia individual consciente, sino más bien se trata de una especie de magma de significados, un esquema que contiene elementos suficientes para construir una representación simbólica de la realidad sin que el individuo se percate de su presencia. Existe y es exterior al individuo en cuanto que es compartido por los miembros de un grupo, de una comunidad, de una sociedad. A la vez que informa sus relaciones, les proporciona las claves para comprender y legitimar las

acciones individuales y colectivas; les hace plausible, admisible, la realidad que les envuelve, les ayuda a explicar sus comportamientos y creaciones.

Básicamente, dota a los individuos de una condición transhistórica en cuanto que sitúa a cada uno de ellos en un orden de realidad que va más allá, que trasciende, sus experiencias más inmediatas, ese *hic et nunc* que delimita inexorablemente su vida. El universo simbólico compartido les proporciona los criterios fundamentales para admitir la realidad presente y configurarla. No se trata de representaciones, sino de esquemas de representación, que estructuran en cada instante la experiencia social y engendran tanto comportamientos como imágenes reales (Ledrut, 1987: 45). Gracias a ellos, la realidad aparece dotada de consistencia y certidumbre, como la definición institucionalizada de aquello que es aceptado como tal.

La trama sobre la que se construye el universo simbólico está formada por el tiempo y el espacio como coordenadas básicas sobre las que se vive la experiencia humana y se elaboran las representaciones que le dan sentido. Pero conviene precisar el alcance de estas dos categorías.

El tiempo es la categoría donde se colocan los límites y los períodos de la duración de las cosas. En toda sociedad esta periodización juega un papel fundamental en la institución simbólica del mundo y en el tipo de sociedad eminentemente rural, que aquí predomina, presenta un carácter cílico, estrechamente ligado al desarrollo del año natural. Junto a ese proceso cílico, propio de todo momento histórico, la sociedad castellana vivió durante las últimas décadas del siglo XX transformaciones profundas que la pusieron en trance de extinción. Mientras que las formas estructurales de esa sociedad sufrieron tal deterioro que en pocas décadas se puede constatar su casi total desaparición, el universo simbólico, que se construyó desde ellas y les proporcionó sentido durante siglos, cambia mucho más lentamente, retrasando la consolidación de nuevos modelos de representación simbólica.

Como veremos más adelante, este contraste entre el mundo que fue y que ya casi no es y su universo simbólico duradero confiere a la obra de Octavio Uña una considerable fuerza dramática. “Un hecho, un fenómeno social, una experiencia *existe*, es *real* mientras *dura* su influencia. La duración implica una tensión entre dos situaciones entre un ‘no ser aún’ y ‘continuar siendo todavía’. Es un modo de *continuidad en la existencia*” (Pintos, 1994: 10).

Junto a ese tiempo social, se encuentra el espacio como coordenada de la experiencia que puede ser objeto de una consideración doble. Por una parte, el espacio se refiere a la ubicación física de los seres en un territorio y, por otra, es ubicación social, en cuanto que coloca hombres y cosas en una estructura socialmente determinada. En ambas manifestaciones, pero sobre la segunda, el espacio está marcado por significaciones sociales. Esta afirmación supone, en primer lugar, la existencia de relaciones establecidas y consistentes; y en segundo lugar, la constatación de que esas relaciones están jerarquizadas. En el espacio del universo simbólico los significados sociales forman parte de una estructura social que perdura mediante el proceso de institucionalización. Los fenómenos sociales no institucionalizados carecen de ‘espacio’ en la estructura social y, en consecuencia, son pasajeros y efímeros, se encuentran en el margen exterior del sistema.

En la obra poética de Octavio Uña el espacio presenta connotaciones simbólicas desde su progresiva ampliación en círculos cada vez más amplios. En el primero de ellos, identificado con su pueblo natal, Brime de Sog es el lugar donde se forma su identidad primera, a partir de sus vivencias familiares y sus recuerdos de infancia. A continuación, el ámbito de su experiencia se expande y se abre hacia el entorno más inmediato, que proporciona contexto a su pueblo natal y que está formado por aquellos lugares donde experimentó vivencias estéticas especiales: Zamora sobre todos ellos y también el Duero, eje vertebrador de tantas reflexiones sobre Castilla. Desde ahí, en la memoria de tantos lugares recorridos traza implícitamente los límites de su idea de Castilla sin cuidarse de rayas y divisiones trazadas desde criterios ajenos al rico mundo de la vida de los castellanos.

Desde esos tres círculos, integrándolos y dotándolos de significados transversales, este zamorano andariego entiende Castilla como una realidad social, como un sujeto vivo, que lucha y sufre, que añora épocas de pasado esplendor. Aquí encuentra también una identidad que le permite abrirse a la experiencia de otras tierras y pueblos.

*Yo nací en el oeste de los días*

Resultan emocionantes los versos que Octavio Uña dedica a su tierra natal, a ese espacio más inmediato donde tuvieron lugar sus vivencias primeras, esas que marcan definitivamente, a fuego, la vida del hombre. Los poemas están atravesados por la convicción de la tierra, la añoranza profunda, la saudade, pero en ningún momento pretende una exaltación que vaya más allá de la que impone una conciencia básica de identidad y su posterior ejercicio de estética que la sublima y convierte en poesía.

En “Tahonario” aborda directamente sus orígenes y pregunta al sabio alfarero, que en el horno doma las entrañas a esta tierra:

“Dime quién fui, dime de dónde  
vino el barro redondo a mi escultura,  
cómo era mi frente y en qué empeños  
se movía mi sangre”  
(Uña, 1981: 45).

Y halla la respuesta un poco más adelante, cuando amplía el sentimiento de su tierra natal al entorno que la cobija creando un universo simbólico que incluye a Castilla:

“Yo nací en el oeste de los días, donde el Tera  
cristales gime de una estrella rota,  
a la sombra del viejo y misterioso  
monte Sansueña.

Y esta noche, este canto y esta lumbre  
labraron como gubias el círculo a mis ojos.  
Y así te habito yo, Castilla, llanto y río,  
pasión más alta al sueño y fiel espiga  
candeal que hacia el camino mira”  
(Uña, 1981: 47).

Esta evocación de su pueblo va acompañada de imágenes que trazan un cuadro bello y sugerente, en el cual “Vidriales”, denominación de su comarca, se convierte en los cristales de una estrella rota y nos introduce en el mundo encantado que envuelve al monte Sansueña.

Nostalgia que Octavio Uña no abandona a lo largo de su extensa obra y retoma en sus poemas posteriores:

“Decid Brime de Sog, decid que fuera  
en un hermoso pueblo,  
de verde vertical y vidrio al alba. (...)  
No, no me alejéis Brime de Sog,  
tampoco Benavente o Petavonium,  
ni Arrabalde antiquísimo, y dejadme  
por la ibera memoria que astur dicen.  
Que no, que nunca otro lugar para el fulgor  
ni mansión más secreta de los héroes  
de Castilla lejana”  
(Uña, 2010: 86)

Tras esta añoranza, afirma su afán explícito de identidad en relación con su tierra y con su historia:

“Quiero yo ser y mismamente,  
quiero yo ser y nunca otro:  
sólo tierra vidrial y ver pasar a César  
con sus ocho legiones y sus sangres”  
(Uña, 2010: 86).

Ese mundo de la vida que recorrió con la asombrada curiosidad de niño le proporcionó metáforas entrañables que encontraremos en toda su obra. Es continua la presencia en sus versos de la sociedad rural: hombres y mujeres dedicados por entero a las tareas del campo y del hogar utilizando herramientas, aperos y utensilios ancestrales, en un eterno retorno de una vida que se fue haciendo desde que el hombre aprendió a cultivar la tierra y a domesticar a los animales y que perduró hasta hace unas décadas. Ese mundo milenario que contribuyó a formar nuestra conciencia, pero ya está prácticamente desaparecido. Hoces y azadas, ruedas de carro y arados legados por los romanos, trillos y bieldos, cribas y cedazos, colleras, herradas... y hasta el humilde rodillero que pretendía aliviar las tareas de la madre lavandera, utensilios recordados en estos poemas en su destino original, ahora cuelgan de las paredes de mesones y posadas, como pecios en un mar extraño, o yacen arrumbados entre las telarañas polvorrientas de los pajares. Su utilidad instrumental, imprescindible en la vida cotidiana de aquel mundo, quedó limitada a ser remota referencia simbólica de otros tiempos, no siempre comprendida por las generaciones jóvenes<sup>1</sup>.

Entre los objetos que llenan los recuerdos de Octavio Uña destaca el adobe por la fuerza expresiva de su simbolismo. Nacido de la arcilla, de la arena y de la paja, amasado con destreza por pies descalzos, se endurece en la solana durante largos días antes de convertirse en paredes y de cerrar espacios con una consistencia ajena a su aparente fragilidad. Así, cuando pasa el tiempo, las vigas son festín de la carcoma y se hunde el techo dando con las tejas en el suelo, las paredes de adobe se mantienen en pie a pesar de su gradual deterioro, tan lento que las hace parecer inmortales.

“Dice la voz que el barro no conoce la luz  
y yo me veo espejo en cuatro caras  
cuando miro al adobe (...).  
Fue el adobe guardián de esta reliquia,  
fue la paja sepulta con el barro  
sangre de este rumor.  
Sones y estrella  
viven en la pared.  
(Uña, 1981: 48).

A partir de esa realidad primaria las vivencias de Octavio Uña se expanden en círculos concéntricos cada vez más amplios, desde el Valle de Vidriales hasta Nueva Zelanda, y abarcan el vasto mundo, en que no se pone el sol, pero donde su mundo infantil reaparece en un continuo retorno, como voluntad decidida de fidelidad a las propias raíces. Por eso, en todo ese periplo reaparece continuamente Castilla, no como mero recurso literario, sino como realidad viva, como significante que proporciona sentido último a su universo simbólico, como “constelación de poderosos símbolos, firmamento de soles y de estrellas. Castilla

<sup>1</sup> Hace unos meses releí la *Iliada* (en la bella y poética versión del recordado colega López Eire) y, más allá de los hechos conocidos de su trama, llamaron mi atención las sugestivas evocaciones y las fascinantes metáforas relativas al mundo rural milenario. Gracias a ellas disfruté, una vez más, de la épica de Homero, pero sobre todo me ayudaron a tomar conciencia de que aún participaba en un universo simbólico en trance de extinción, construido sobre la estrecha relación del hombre con la naturaleza.

hacia delante, nuevamente descendiendo del aire. Amplio redil de la imaginación, como la feria de Medina” (Uña, 2008: 26).

El tiempo personal se encuadra en otros tiempos más amplios, colectivos e históricos, que le proporcionan sentido y alcance. Lo propio, lo más íntimo, se redimensiona y se extiende hasta abarcar a cuantos nos precedieron y a cuanto nos proporcionan referencias para ser lo que somos, ese “mundo que nos dieron y heredamos, como un prado de signos” (Uña, 1984: 126).

### *Castilla real, dolorosísima*

En su preocupación por Castilla Octavio Uña coincide con muchos pensadores y poetas desde la generación del 98 hasta nuestros días, pero también ofrece profundas diferencias que permiten considerar su poesía como una expresión original de ese interés. Como subrayó Xan Bouzada (2002: 419), nuestro autor huye del casticismo y esencialismo de los autores del 98, así como de la estilización platónica del lirismo de la tierra que atribuye a los poetas del 27. Su poesía está enraizada en una Castilla vivida, en un mundo que le es propio, donde sus expresiones cotidianas se refieren a un mundo como lugar de relaciones sociales y de sentimientos fundamentales.

En la presentación de *Castilla, plaza mayor de soledades*, Laín Entralgo resumió magistralmente esa forma tan propia de afrontar ese problema: “Para el castellano Octavio Uña Castilla, en cambio, es carne de su propia carne, recuerdo y latido de su propia estirpe, piedra o adobe de su propia casa” (Uña, 2001: 15). Una Castilla que ve a través de su memoria primera, evocada en los quehaceres maternales:

“Hoy viene en alcanfor aquel valor y gime  
cuando toco las clámides.  
Memoria,  
levántanos el polvo de este tiempo que pesa.  
Los ojos y las manos de mi madre dicen  
que fue hermosa Castilla, y en las arcas duermen  
tardes de gloria”  
(Uña, 1981: 130).

Desde ese sentimiento de arraigo convierte a Castilla en expresión poética hasta sublimarla en la idealización de Angélica, “ajena al viejo viaje de los días” como la Castilla eterna. O más explícitamente cuando escribe:

“Y eras tú, que te quise y que te supe,  
Castilla de mi infancia”  
(Uña, 2001: 132).

Sin embargo, esta Castilla que ahora vive en estado de postración, abatida, sometida, arrodillada, aherrojada por cadenas a los pies del poder como el ‘furor’ ante Carlos V, según esculpiera Pompeo Leoni. Sus versos son, con frecuencia, un quejido por la tierra de su identidad, en la que hunde las raíces que le dan sentido como hombre y como poeta. Y no ahorra epítetos y metáforas en la descripción de los males de Castilla: agonía, muerte, abandono, ruina... Doncella sin arras, huérfana siempre sola, junto al río de la vida, enjuga su dolor y, muda, dobla su espalda, mientras contempla su creciente soledad:

“Aquí, junto al adobe, un día, de repente, nace un hueco  
al banco de la plaza”  
(Uña, 1981: 91).

Como si un destino fatal la empujara, Castilla, al igual que su río, el gran Duero, y como el sol, camina hacia el ocaso, hacia la noche total de la tiniebla del mar de los Sargazos. Y,

en ese avanzar, la desolación y la muerte se apoderan de sus cárdenas y rojas parameras; los ríos no llevan agua, son de lágrimas, y los surcos de semillas no llegan a florecer.

“¡Gargantas de Castilla  
ya sofocadas!  
Que en mi tierra los ríos  
ya son de lágrimas.  
Que agotaron su vientre  
de larga historia  
ríos de España”  
(Uña, 2001: 70).

En la evocación elegíaca de Castilla, tan presente en sus poemas, parece que Octavio Uña refleja la incidencia conjunta de dos momentos cruciales que marcaron tanto la vida como el sentir y el pensar de los españoles del siglo xx. El primero de ellos, acaecido en las postrimerías del siglo anterior, pero prolongado durante décadas por la preocupación de pensadores y poetas de dos generaciones literarias, la del 98 y la del 27, supuso una toma de conciencia del fin del imperio, del fin de una forma de presencia de España en el concierto de las naciones. Sus años de vida en el monasterio de El Escorial le permitieron contemplar de cerca la manifestación de aquel esplendor, grandiosa y bella a pesar del tono crepuscular que la envuelve. Así lo deja traslucir en su poemario *Cantos de El Escorial* (1987), con que rinde homenaje al cuarto centenario de esa gran obra. ¿Hasta qué punto en el mausoleo de los reyes de España no se encierra también el sepulcro de Castilla?

“Que brillas siempre tú, Escorial, siempre tu nombre,  
tu nombre y heredad, Castilla en piedra”  
(Uña, 2001: 228).

“Que aquí Castilla entró, doblada sigue  
su espalda, gime, llora, ensalmo  
repetido, la lengua ya en la losa.  
Antemural y muro y pena sobre pena.  
Aquí Castilla  
prisionera.  
Encanto, maleficio,  
del plomo y la pizarra”  
(Uña, 2001: 213).

El segundo hecho social decisivo no tuvo un acontecimiento crucial que le sirviera como hito histórico. Se trató, más bien, de un proceso lento que durante décadas fue erosionando a Castilla, como el viento y el agua al adobe. Metáfora del fin de un mundo de la vida, aquél que Octavio Uña y tantos castellanos tuvimos como propio en la infancia y en la mocedad. Por eso, cuando volvemos la vista atrás y recordamos con añoranza aquellos tiempos con vivencias tan plenas de cuanto nos importaba realmente, no sé muy bien si nuestra saudade responde a la pérdida del universo simbólico colectivo o a la nostalgia de nuestro pasado personal.

“Te dirán, hijo mío, que fue gloria Castilla  
y que nunca los soles se durmieron en ella (...).  
Y hoy ya ves, hijo mío, silencios del escudo  
que el abuelo plantó y vigilia en la casa.  
Y hoy Castilla es mujer que se esconde en adobe,  
que en fría noche lenta luna brilla sus lágrimas.  
Te dirán, hijo mío, que fue gloria Castilla  
y el tiempo, por el río de la muerte, ya no puede  
traer sus esplendores hasta nuestra mirada”  
(Uña, 2001: 139).

El mundo heredado de nuestros abuelos formó parte de nuestra infancia y nos proporcionó los materiales básicos para la construcción de nuestra identidad, pero en la segunda mitad del siglo XX entró en una crisis rápida e imparable. Se vaciaron los pueblos ante la llamada de la ciudad, donde las vidas quizás no mueran y duren como bronce (Uña, 1981: 91). Quien conozca Castilla, quien viva la creciente soledad de sus pueblos, el contraste inabarcable entre lo que aún es y en lo que puede terminar, comprenderá la imagen elegíaca que dibuja Octavio Uña, notario fiel de una decadencia. Sus poemas son un lamento de quien sufre en sí mismo los males de su tierra y no se resigna, sino que encuentra en su identidad primera la esperanza que aparece, una y otra vez, en sus versos como conjuro a tan triste panorama.

“De pie te quiere el destino,  
como a la luz, como al aire,  
Castilla, piedra de España.  
De pie te quiere el destino,  
¡torre parda!”  
(Uña, 2001: 57).

Lejos de considerar lo nuevo como amenaza, Octavio invita a ganar su frontera con urgencia, a elevar el árbol de una nueva memoria a partir de ese pan y de ese vino, símbolos del esfuerzo de los castellanos y de la generosidad de su tierra:

“Toma este don del pan y come enteras  
manos de la alegría.  
Toma esta luz del vino y den en tierra  
tantas sombras de cuba.  
(Polvo a tu pie y sed a tu palabra)  
Hoy no es ayer, levántate, Castilla,  
que quien comió tu pan, que quien bebió tu vino  
verá hasta el cielo el árbol de una nueva memoria”  
(Uña, 2001: 138).

Los males de Castilla se muestran ahora, desde la llamada a la esperanza, en un diagnóstico certero, previo a su curación deseada. Sólo si se es capaz de decir que la noche es larga y oscura, se podrá disfrutar el alba, pues esperanza y libertad van juntas<sup>2</sup>. Más en consonancia con sus versos nos lo corrobora Octavio Uña cuando sugiere una transición entre ambos momentos:

“Mueve, destino, la rueda  
de mi pueblo,  
que es mi pena.  
Deja, sandalia, la senda  
del recuerdo  
que me quema.  
Borra, ceniza, la huella  
del acero  
de una guerra.  
Gane la luz la frontera  
de lo nuevo  
con urgencia”  
(Uña, 2001: 65).

<sup>2</sup> Como nos lo recuerdan las palabras del poeta gallego C. E. Ferreiro que Octavio Uña coloca en la portada de su poemario “Una pedrada en la frente” (1981: 133): “A realidade existe porque existe a palabra. Si non sabes decir longa é a noite, tampouco saberás que existe a alba. Para ser libre o home ten que saber decir creo na esperanza”.

Como el olmo hendido por el rayo, que cantara Antonio Machado, Castilla también puede reverdecer y la nueva vida vendrá por la savia de su palabra. A través de la palabra podrá levantarse esta tierra, “erguida en los páramos y hundida en las soledades” (Martínez Ruiz, 1987: 113):

“Quedas, Castilla, en la palabra  
viva y es oro  
nunca pagable (...).  
Queda en el sol tu sino y por tu pecho estrellas,  
perlas de un llanto.  
Queda viva la voz contra el invierno y muerte;  
Sólo un poeta alumbrará a los naufragos”  
(Uña, 2001: 173).

La palabra, creadora en el principio de las cosas, permanece como esperanza y como puerta de salvación. Hendirá el aire como piedra, hundirá el ojo del cíclope y quebrará la frente del filisteo, será el ensalmo que curará los males de Castilla, porque “el arma de Castilla es la palabra”, como sintetiza el bello endecasílabo de nuestro poeta.

### Referencias bibliográficas

- Berger P. y Luckmann, T. (1978). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bouzada Fernández, X. (2002). Octavio Uña: poeta de encrucijadas. *Studia Carande*, 7: 417-427.
- Escribano Hernández, J. (2011). Reseña histórica y crítica literaria en torno a la personalidad poética de Octavio Uña Juárez. *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 36: 490-528.
- Hernando Cuadrado, L. A. (2005). *La poesía de Octavio Uña*. Madrid: Dykinson.
- Infestas Gil, A. (2005). El imaginario social en Gabriel y Galán. En: *Salamanca, Revista de Estudios*, 52: 77-90.
- Ledrut, R. (1987). Société réelle et société imaginaire. En: *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 82: 41-56.
- Martínez Ruiz, F. (1987). La gran metáfora de Castilla en Octavio Uña. En: *Aporía*, 9/33-36: 111-119.
- Pintos, J. L. (1994). Los imaginarios sociales (La nueva construcción de la realidad social). En: <http://web.usc.es/~jlpintos/articulos>
- Uña Juárez, O. (1981). *Usura es la memoria*. Madrid: Editorial Vox.
- \_\_\_\_\_. (1981). *Ciudad del ave*. Zamora: Fundación “Ramos de Castro”.
- \_\_\_\_\_. (1987). *Cantos de El Escorial*. San Lorenzo de El Escorial: Ediciones Escurialenses.
- \_\_\_\_\_. (2001). *Castilla, plaza mayor de soledades*. 4ª edición. Madrid: Dykinson.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Crónicas del Océano*. Zamora: Ayuntamiento de Zamora.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Estaciones de abril*. Madrid: Universidad Rey Juan Carlos.
- \_\_\_\_\_. (2008). *Puerta de salvación*. Barcelona: Biblioteca Ciencias y Humanidades.
- \_\_\_\_\_. (2010). *Cierta es la tarde*. Madrid: Vision Libros.

